

Los artesanos sensibles y los no-lugares del mundo*

Francisco Roque de Oliveira**

Résumé / Abstract / Resumen / Resum

La Géographie Humaniste française cautionne son passé mais songe à l'avenir. Pour cette raison elle n'hésite pas à réitérer les principes qu'elle a consacrés tout en réaffirmant les différences qu'il existe, à son avis, entre ses croyances et ce que font les *autres*. Elle sait que son espace d'action est celui d'un interstice. Tous ses progrès concernant de nouvelles suggestions pour la pratique témoignent des prodiges du regard ou de la mémoire ainsi que de tous les risques des grandes nostalgies.

* * *

French-inspired Humanistic Geography endorses its past and considers its future. To do so, it does not hesitate to repeat the principles it founded, and to reassert the differences which it considers exist between the things in which it believes and those that *others* do. It knows that its territory for action is an interstice.

In that which advances in the form of new suggestions to be put into practice, one finds the prodigy of a glance or of memory, as well as all the dangers of overwhelming nostalgia.

* * *

La Geografía Humanista francófona avala su pasado y considera el futuro. Para ello, no duda en repetir los principios que inauguró, del mismo modo que reafirma las diferencias que considera que existen entre aquello en lo que cree y lo que los *otros* hacen. Sabe que su espacio de acción es el de un intersticio. En aquello que avanza como nuevas sugerencias para la práctica están presentes los prodigios de la

* Traducido del original por María Sales Pardo.

** Departamento de Geografía, Universidad de Lisboa.

mirada o de la memoria, así como todos los riesgos de las grandes nostalgias.

* * *

La Geografia Humanista francòfona avala el seu passat i considera el futur. Per això, no dubta a repetir els principis que inaugurarà, de la mateixa manera que reafirma les diferències que considera que existeixen entre allò en què creu i el que els *altres* fan. Sap que el seu espai d'acció és el d'un interstici. En allò que avança com a nous suggeriments per a la pràctica estan presents els prodigis de la mirada o de la memòria, com també tots els riscos de les grans nostàlgies.

Últimamente, diversos testimonios han destacado el cumplimiento de dos décadas de pensamiento humanista en geografía. Deben destacarse, en esta perspectiva, los números especiales que tanto los *Cahiers de Géographie du Québec* como la revista *Espaces-Temps*¹ dedicaron al tema, presentando un debate, a nuestro parecer, muy interesante y positivo. En ambas, la particularidad de una visión francófona se halla bien representada, pero la publicación de *L'Humanisme en Géographie*² nos permite una lectura más amplia sobre la experiencia y el estado de la cuestión en este dominio específico de la producción del conocimiento geográfico. Y es precisamente la impresión que me suscitó su lectura la que me impulsó a escribir estos comentarios.

LA REEXPOSICION DEL DISCURSO

Para quien las busque, no será aquí donde encontrará las últimas novedades. Teoría, ontología y método, afirmación de objetivos, definición de conceptos, elección de temas, reconocimiento de las influencias recibidas, demarcación de un campo propio –de la naturaleza de sí mismo y de las distancias

1. «Géographie, état des lieux: débat transatlantique avec *Espaces-Temps*», *Cahiers de Géographie du Québec*, n. spécial, vol. 32, n. 87, décembre 1988, e «Géographie, état des lieux: débat transatlantique avec *Cahiers de Géographie du Québec*», *Espaces-Temps*, n. spécial 40-41, 1989.

2. Antoine BAILLY, Renato SCARIATI (ed.), *L'Humanisme en Géographie, IIIème Cycle Romande de Lettres*, Université de Genève, 1989, Anthropos, Novembre 1990, París.

en relación con los otros—, todo se consagra bajo la señal de una tranquila continuidad.

En veinte años, el transfondo discursivo de la Geografía Humanista mantiene casi intocables sus grandes líneas. Habrá contribuciones que realzan algunos de sus principios, mayor nitidez a propósito de algunas de sus propias convicciones (que ni son certezas ni lo pretenden ser), pero, y como en el inicio, persiste la necesidad de contrastar ideas y prácticas con las prácticas e ideas de las que se desmarcó desde el principio. No digo que en algún momento o de algún modo se procure justificar una razón de ser a través de la repetida exposición de lo que, como mínimo, es el contraste obvio y flagrante con relación a las nociones clásicas que objetivaron de la misma forma observador y cosa observada, o que, por aproximación simplificada, buscaban regularidades espaciales (sólo formas) y la respectiva expresión algebraica. Y no lo digo porque a lo largo de estas páginas, y reiterando lo que siempre fue una constante humanista, se insista deliberadamente en la apología de lo que podemos tomar por una cierta tolerancia: la práctica de otros puede estar falta de profundidad y estar limitada por excesivo apego a un mero funcionalismo descriptivo, pero no por ello se dejará de reconocerle un lugar. En su mismo momento inaugural, el papel de la Geografía Humanista, su contribución al debate científico, se basó en haber conseguido espacio para el pluralismo en un terreno y un tiempo difíciles para asegurarlo; en haber combatido la idea de un dualismo por el cual se distanciaban sujeto y objeto, devolviendo al primero su dimensión central, e intentando, finalmente, la consideración conjunta de los dos. Las cuestiones de sentido y de intención, reconvocadas por la afirmación de esta corriente, no procuraron substituir, más bien ampliaron lo que se había dicho de una sola manera: «He animado vivamente el desarrollo de la geografía cuantitativa, de la teledetección espacial, de la cartografía automatizada, todos ellos instrumentos que me parecieron indispensables para el crecimiento de una geografía científica. Tal orientación me parece ahora irreversible. Pero yo me alegro también de haber sido personalmente reducido al estado de artesano de la geografía. Los dos procedimientos no se excluyen de ningún modo»³.

Entonces, y si no se trata de buscar una autojustificación a través de un permanente esgrimir contrarios —o de los que, en la superficie, podrían imaginarse como contrarios—, lo que no deja de sorprender (y recordemos que hace veinte años de las primeras manifestaciones que daban cuenta de una verda-

3. Armand FREMONT, «Vingt ans "d'espace vécu"», en A. BAILLY y R. SCARIATI, *op. cit.*, p. 17.

dera conciencia de sí) es que todavía se preste tanta atención a las que son meras, reconocidas y adquiridas diferencias. Cuando el pensamiento humanista subraya el valor de la aproximación subjetiva, asume los riesgos de una metodología que pasa a explorar los lugares de lo no visible y de lo no decible cuando consagra el sujeto y su condición menos material o más intangible, y aunque no se vea como alternativa a algo o a alguien en concreto (lo que, en definitiva, ni es ni debe serlo), está ya abriendo caminos para la gestación de resultados que tendrán madurez y convicción suficientes para afirmarse por sí mismos, y, así, reconocerse portadores de una viabilidad propia.

Veinte años es el tiempo suficiente para considerar una edad adulta, es decir, tiempo para haberse ganado un patrimonio que responda por sus actos y lucidez suficiente para no insistir recordando fantasmas de la infancia. Si, contra los pronósticos de los más descreídos, se fue mucho más lejos que de una mera crítica⁴, si se evitó la fácil tentación de ser candidato a una alternativa (en ciencia, las alternativas son siempre pretensiones más efímeras que otras que tienen el privilegio de poderse ayudar de una retórica menos *explícita* o *erudita*, si se tendieron puentes para ir más lejos de lo que antes era tenido, rigurosamente, por edificio de la disciplina (y que, por la evolución de hoy en día, son ya promesa segura de planteamientos nuevos e interdisciplinidades consecuentes), oír decir y recordar tanto lo objetivo y lo subjetivo, la certeza y la empatía, el rigor y la libertad, lo que era propio de los otros y lo que inventamos como fuga, me parece poco para un debate y un anacronismo.

A LA SOMBRA DEL PRODIGIO DE LOS CONCEPTOS

Se sabe, desde un primer momento, que han sido múltiples las *voces filosóficas* que confluyeron en el terreno *incontornable* de la Geografía Humanista, como, también, en los discursos estéticos y algunos menos académicos juicios morales. Si una cierta Europa estuvo desatenta a los pasos inaugurales del humanismo geográfico anglosajón, y lo lamenta –y más todavía cuando descubre

4. «The humanist approach is best understood as a form of criticism...», J. Nicolás ENTRIKIN, «Contemporary Humanism in Geography» in *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 66, n. 4, dec. 1976, p. 616.

que poseía fuentes suficientes para la inspiración⁵— también es cierto que, descubriéndola como un tempo propio, la vino a edificar con su propia personalidad. Y nada mejor que escuchar los modos de expresar algunos conceptos para identificar sus matices.

Si se admite la existencia de un patrimonio antiguo que, desde los griegos, unió estrechamente los terrenos de la Filosofía a los de la Geografía —los primeros como indagación contemplativa del mundo o como poética; los segundos como su proyección y extensión sobre el mundo habitable, dando así sentido a la dimensión geopoética de la misma Geografía—, puede aplicársele, con toda naturalidad el epíteto «humanista», subentendiéndose en todo el contenido de la Geografía lo que la precedente escritura del adjetivo procuraba salvaguardar: «Creo que la más espectacular manera de unir la geografía y la filosofía y mostrar su apuesta es decir que si la filosofía se plantea el ser del hombre y el ser de las cosas, la geografía se plantea el estar en el mundo de las cosas y del hombre. Con tal hilo conductor, la geografía es plenamente humanista»⁶.

No ciencia social, pero ciencia de los hombres en sociedad, la Geografía reconoce como su objeto el espacio de los mismos hombres, lo que significa considerarse cómplice de afectos, de imágenes, de dramas, de valores y de estados del alma que se pueden releer en el diseño de las correspondientes prácticas espaciales.

El emblema conceptual de este propósito de renacimiento de los sentidos o de llamada a lo que hay más allá de la lógica de la razón tiene, desde luego, la ventaja de haber tenido por cuna la literatura, y es, evidentemente el paisaje. Si es imposible ignorar el hálito mediático que la más leve referencia a este término siempre produce, seguramente no lo desmerece el modo particular en que se ha revestido su apropiación en Geografía por parte del humanismo más reciente.

Paisaje, así, como territorio del sujeto por excelencia, como momento de consagración de lo que antes eran simples elementos visuales de un espacio, o un fragmento de mundo, tiene categoría de lugar, lo que se entiende como es-

5. «Pourquoi n'avons-nous pas lu Dardel?» s'est interrogé à juste titre Raffestin, car cette (re)-lecture aurait certainement élargi le champ théorique de la géographie francophone de l'après-guerre, et permis l'éclosion d'une école humaniste sur le Vieux-Continent» Bertrand LEVY, «L'apport de la philosophie existentielle à la géographie humaniste», en A. BAILLY y R. SCARIATI, *op. cit.* p. 79.

6. Jean-Paul FERRIER, «Savoir lire les lieux: plaidoyer pour une géographie compositante majeure des sciences morales et politiques», en A. BAILLY y R. SCARIATI, *op. cit.*, p. 25.

pejo común de hechos y valores. Paisaje como consagración del mirar, intransmisible e irrepetible, instante posible entre los sentidos y lo que cada uno añade de imaginario, simulación o artificio.

Sin embargo, sin representar del todo una contradicción, no deja de ser en cierto sentido paradójico que, reivindicándose herederos de un antiguo linaje que tan magistralmente pensó y construyó un concepto como el de *paisaje*, los esfuerzos de retrospectión de la mayoría de los geógrafos humanistas (y aquí por igual, los de aquende y allende del Atlántico) sobre el trabajo de geógrafos que son anteriores, en un tempo muy próximo, al nuestro, acaban usualmente en el reencuentro o en la lectura oblicua de algunas expresiones de Vidal de La Blache, o de Saver, de quien, y por ejemplo, reproducen lecturas no menos oblicuas a propósito de la «fenomenología del paisaje».

Como *héroes del paisaje* existió, primero, Hommeyer⁷, que, más allá del hecho de haber introducido el término en la producción geográfica en los inicios del siglo XIX, decía que la «Landschaft» era la unidad espacial de referencia de la dimensión «estético-geográfica», elemento necesario (si bien no suficiente) para la definición del «carácter geográfico-militar de un Estado». Todo esto acontece en un momento en que la Geografía se *inventaba* a través de la posibilidad de determinar los contornos de unidades espaciales naturales no coincidentes con las fronteras de los Estados, procurando de ese modo asegurar una autonomía propia con relación a los terrenos de la Historia y al reino de la política pura⁸. Y Hommeyer se detiene aquí porque *su paisaje* era la impresión suscitada por las formas y proporciones del mundo físico que, siendo accesibles a la visión, a través de ella actuaban sobre el sentimiento, esclareciéndose así la dimensión física de partida por vía de la correspondiente dimensión estética. Y, como Hommeyer, Humboldt⁹, que, después de él, pensó el paisaje como un concepto-base (previo al proceso de conocimiento científico, es cierto) en el que se identificaban sujeto y objeto, espíritu y naturaleza, cristalización de un momento de percepción estético-emocional de lo que rodea al sujeto (para Humboldt el sujeto de conocimiento será siempre la

7. H. G. HOMMEYER, *Beiträge zur Militair-Geographie der europäischen Staaten. Erster Band, welcher eine Beschreibung und Zeichnung der Schweiz nach einer geometrischen Konstruktion enthält*, Breslau, Korn der Älter, 1805.

8. Para el tema 1er. Franco FARINELLI, «Pour l'histoire du concept géographique de "Landschaft"» in *Italian Contributions to the 23rd International Geographical Congress, 1976*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma, 1976, p. 21-30.

9. A. VON HUMBOLDT, *Kosmos. Entwurf einer physischen Weltbeschreibung*, Gotta, Stuttgart und Tübingen, 1845, vol. I.

«humanidad entera»), momento goethiano o, inconfundiblemente, de contemplación.

Y si, todavía como la cláusula de precientificidad que hizo recaer sobre el concepto de «Landschaft», Humboldt permite que a partir de sí se tracen, en relación con el humanismo contemporáneo en Geografía, tangentes mucho más relevantes que otras que el tiempo hace más cercanas, ¿qué decir después de leídos algunos de los últimos textos de Ratzel¹⁰, cuando ahí, y por primera vez en la historia del mismo concepto en Geografía, éste es tomado como equivalente al momento último del proceso de conocimiento, resultado de un ejercicio simultáneamente científico y artístico, dándose por entero la reducción del objeto al sujeto (aquí en toda la inmensa plenitud del individuo, tal como fue nombrado por Goethe), la más simple y absoluta impresión estética, instante de «iluminación fulgurante»?

La interrogación no nos descubre nada nuevo, del mismo modo que es conocido que todo actual practicante del humanismo en geografía se sabe, y dice saberse, moviéndose en un terreno topografiado desde hace mucho tiempo. Lo que sorprende, insisto, es que este discurso, cuando no es ya pretérito, cite tantas referencias de materias colaterales y remotas, muchas veces firmadas por quien poco vio y pisó los paisajes descritos.

Pero nada de esto, obviamente, ensombrece el prodigio del concepto, como el prodigio que supone poderlo usar entre tantos otros.

LOS SEMPITERNOS RIESGOS DE LAS COSAS DIFERENTES

Entre los muchos modos de concretizar el discurso humanista, sugeridos a lo largo de las páginas de las obras que continúan sirviéndome de referencia, opto por elegir dos palabras finales: la primera para hacer una llamada a nuevas filiaciones, la otra sobre experiencias de *decantación geográfica* en el texto literario.

Jean-Paul Ferrier lo ha llamado «Modernidad del tercer tipo», que es una forma hábil de evitar confusiones con títulos postmodernistas como los que en los últimos tiempos han dejado tan eufóricos a verdaderas legiones de geógrafos. Por ella, se convoca la disciplina para pedírsele que contribuya a la reconstrucción de un tiempo de filiaciones en el lugar y en el territorio; que convoque al Hombre y que lo tome tanto a escala del mundo como a la de lo

10. F. RATZEL, *Über Naturschilderung*, Oldenbourg, München und Berlin, 1904.

cotidiano y del gesto; que logrando ese reencuentro que se hace tomando al Hombre como centro, se reescriba una «Tierra habitable».

El clasicismo está aquí en la revalorización del Hombre, como en la revalorización del territorio que se quiere punto de encuentro de lo privado y de lo público, interiorizado en el sujeto en la forma de sus formas, historia y valores; está en el orden asumido para un todo, en su sentido conjunto y en su cultura; está en el ejemplo que cada uno debe ser al dejar un origen o un espacio próximo en que se reconoce, para dar testimonio a los otros de su propia identidad en un mismo vagar.

De los no lugares que son los que tenemos, ausentes e incapaces de referencia, como de un tiempo sin sujeto que el tiempo de un siglo fue bastante para que inventásemos, partir y reinventar un sujeto que está ausente, y entender que todo lo que le ocurre o dice puede ocurrir y decirse como la complicidad de una «Tierra diferente».

Es, en fin, el recurso a la literatura.

Dejemos a la crítica literaria los problemas inherentes a la demarcación de las fronteras entre lo que son campos de descripción, de interpretación y de evaluación, y no nos interroguemos aquí sobre el relativo consenso que se tiene cuando se afirma que, interpretando, se procura explicar por qué motivo ocurren las palabras donde ocurren, por qué son descritos los personajes y los acontecimientos del modo que lo son, etc., lo cual presupone la identificación de un contenido semántico debidamente contextualizado. En lugar de ello propongo que se concentre la atención en un terreno sugerido por la lectura de los textos de Vincenza Constantino (*Identidad y espacio: de los ejemplos literarios*) y Claude Reichler (*Fronteras del mundo y territorialidad del sujeto*) y que se intente el reconocimiento de *accidentes topográficos* en un texto literario, dejando después en confrontación los ambientes geográficos así encontrados como la interioridad de los personajes de ficción, o, con más osadía, como la interioridad del personaje central de toda la obra escrita, es decir, el autor mismo.

El recorrido es aquí evidentemente laberíntico: podemos caminar de un espacio a un texto y de un texto a un espacio cuya evocación está en él supuestamente expresada; o intentar identificar los espacios vividos que una página escrita, incluso sin mostrar la evidencia, condensa; o apostar por la concurrencia de espacios concretos y de espacios abstractos; o descifrar el tono de las complicidades pasionales existentes entre los componentes inmanentes y simbólicos de un cuadro físico de acción y la patología de los personajes que sobre él se desplazan...

Cualquiera que sea el ángulo que se escoja, la observación de las llamadas *geografías literarias* dará por cierta la revelación de innumerables pistas de lec-

tura, las cuales, después, podrán ser tanto relevantes como obvias, esclarecedoras como banales, importándonos para este propósito, previamente y apenas como una idea, que son posibles, teniendo desde luego la humildad de no querer hacer con eso «literatura», ni tampoco explicar u objetivar lo que la condición propia de un discurso artístico como el literario desaconseja desde el principio por sensatez.

Nadie ignora que existen en literatura referencias más importantes donde el sujeto no fue la cultura. Si se busca conocer la forma en que en un texto se llama a la Tierra, no debíamos hacernos ninguna ilusión de que las geografías en literatura son, antes que memoria, indagaciones sobre la memoria o modos de transfigurarla. No fue por falsa modestia que un escritor un día dijo escribir *a pesar* de sí mismo.

Entonces, y después de tomar la distancia que estas evidencias aconsejan, habrá todo el margen que se quiera para que, diciendo metáforas, impresiones o enigmas, se intente la identificación de territorios a través del montaje o desciframiento de un discurso simbólico como es el literario. Al final, tomaremos tales territorios como reales o sólo por imagen, asociaremos su nombre a la ficción de un personaje, vislumbraremos en ellos el reflejo de un momento que fue del pasado de quien escribe, una intención de mirar o una perturbación que de ese modo fue llevada al texto. De la geografía de una literatura tendremos ciertamente no un género menor, sino siempre y sólo una forma probable.